

ADAM HOCHSCHILD

EL FANTASMA DEL REY LEOPOLDO

UNA HISTORIA DE CODICIA, TERROR Y HEROÍSMO
EN EL ÁFRICA COLONIAL



PENÍNSULA

El fantasma del rey Leopoldo

Una historia de codicia, terror y heroísmo
en el África colonial

Adam Hoschschild

Prólogo de Mario Vargas Llosa

Traducción de José Luis Gil Aristu

Título original: *King Leopold's Ghost: A Story of Greed,
Terror and Heroism in Colonial Africa*

© 2020 by Adam Hochschild © 1998 by Adam Hochschild
All rights reserved

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas
por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2002
Primera edición en esta presentación: octubre de 2020

© del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2001

© de la traducción del inglés, José Luis Gil Aristu, 2002

Traducción del epílogo, Àlex Guàrdia Berdiell, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 15.147-2020
ISBN: 978-84-9942-944-1

CONTENIDO

En el corazón de las tinieblas por MARIO VARGAS LLOSA · 7

EL FANTASMA DEL REY LEOPOLDO

Introducción · 17

*Prólogo: «Los comerciantes están secuestrando
a nuestra gente»* · 25

PRIMERA PARTE: CAMINANDO HACIA EL FUEGO · 43

1. «NO ABANDONARÉ LA CAZA» · 45
2. EL ZORRO CRUZA EL RÍO · 63
3. UN ESPLÉNDIDO PASTEL · 83
4. «LOS TRATADOS DEBEN CONCEDERNOS TODO» · 103
5. DE FLORIDA A BERLÍN · 123
6. BAJO LA BANDERA DEL YACHT CLUB · 141
7. EL PRIMER HEREJE · 161
8. DONDE NO EXISTEN LOS DIEZ MANDAMIENTOS · 181
9. ENCUENTRO CON EL SEÑOR KURTZ · 215
10. EL ÁRBOL QUE LLORA · 229
11. UNA SOCIEDAD SECRETA DE ASESINOS · 255

SEGUNDA PARTE: UN REY ACORRALADO · 275

1. DAVID Y GOLIAT · 277
2. HASTA LA CUEVA DE LOS LADRONES · 291
3. INUNDAR DE LUZ SUS FECHORÍAS · 309
4. UN RECUENTO · 333
5. «LOS PERIODISTAS NO LE VAN A DAR RECIBOS» · 349
6. NADIE ES EXTRANJERO · 375
7. ¿VICTORIA? · 407
8. EL GRAN OLVIDO · 433

«NO ABANDONARÉ LA CAZA»

El 28 de enero de 1841, un cuarto de siglo después de la fallida expedición de Tuckey, nacía en la pequeña localidad galesa de Denbigh—una villa con mercado—el hombre que llevaría a cabo de manera espectacular lo que aquél había intentado realizar. En el libro de partidas de nacimiento de la iglesia de St. Hilary aparece inscrito como «John Rowlands, bastardo»; calificativo que marcaría al muchacho para el resto de su vida, una vida dedicada obsesivamente a superar un sentimiento de vergüenza.¹ El joven John fue el primero de cinco hijos ilegítimos que dio a luz Betsy Parry, criada de profesión. Su padre pudo haber sido John Rowlands, un borracho local muerto de *delirium tremens*, un importante abogado casado llamado James Vaughan Horne o un novio que Betsy Parry tenía en Londres, ciudad en la que había trabajado.

Tras dar a luz, Betsy Parry marchó de Denbigh marcada por la ignominia dejando a su bebé en casa de sus dos tíos y su abuelo materno, un hombre que creía que los chicos que se portan mal necesitan unos «buenos azotes».² El abuelo de John murió al cumplir éste cinco años, y los tíos se libraron de inmediato de su indeseado sobrino pagando media corona a la semana a una familia del lugar para que lo recogiera. Cuando la familia pidió más dinero, los tíos no accedieron. Un día, la familia de acogida dijo al joven John que su hijo Dick lo llevaría a visitar a su «tía Mary» en otro pueblo:

El camino parecía interminable y tedioso [...]. Al final, Dick me bajó de sus hombros ante un inmenso edificio de piedra y, cruzando unas altas puertas de hierro, tiró de una campana que pude oír sonar ruidosa en el lejano interior de la casa. Un desconocido de rostro sombrío apareció en la puerta y, a pesar de mis protestas, me cogió de la mano y me arrastró al interior, mientras Dick intentaba calmar mis miedos con mucha labia prometiéndome que sólo iba a buscar a tía Mary para traerla a mi lado. La puerta se cerró tras él y, con el eco de aquel sonido, experimenté por vez primera el atroz sentimiento de la más extrema desolación.³

A sus seis años, John Rowlands era un interno del asilo parroquial de St. Asaph.

Los testimonios sobre la vida en St. Asaph aparecen cubiertos, en general, por un velo de eufemismos victorianos, pero un periódico local se quejaba de que el director del asilo era un alcohólico que se tomaba «libertades indecentes» con las empleadas. Una comisión investigadora que visitó el asilo en 1847, por las fechas de la llegada de John Rowlands, informaba de que los varones adultos «tenían todos los vicios posibles», y que los niños dormían de dos en dos, un niño mayor con otro menor, con el resultado de que comenzaban «a practicar y entender cosas que no debían».⁴ John Rowlands demostraría durante el resto de su vida sentir miedo hacia cualquier forma de intimidación sexual.

Al margen de lo que John hubo de soportar o ver en el dormitorio del asilo, en sus aulas fue cada día mejor. Sus buenos rendimientos le valieron como premio una Biblia donada por el obispo local. El niño se sentía fascinado por la geografía. Poseía una habilidad poco habitual para imitar la letra de cualquier otra persona tras haberla estudiado unos pocos minutos. Su caligrafía era sorprendentemente agraciada; su firma juvenil era elegante e inclinada hacia delante y los trazos superiores e inferiores de las letras se prolongaban espectacularmente por encima y debajo de la línea. Era como si, por medio de su caligrafía, intentara evadirse de la desgracia y

transformar el guión de su vida haciéndola pasar de la pobreza a la elegancia.

Una noche, cuando John tenía doce años, su supervisor se acercó a él «durante la hora de la cena, mientras todos los internos se hallaban reunidos, y señalando a una mujer alta con un rostro oval y un gran rodete de pelo negro en la parte posterior de la cabeza me preguntó si la reconocía».

«No señor», respondí.

«¡Cómo! ¿No reconoce a su propia madre?».

«Comenzó a arderme la cara y le dirigí una tímida ojeada; percibí que me contemplaba con una mirada escrutadora fría y crítica. Había esperado sentir hacia ella una efusión de ternura, pero su expresión fue tan heladora que las válvulas del corazón se me cerraron como con un chasquido».⁵

A aquel sobresalto se sumó el hecho de que su madre había llevado consigo a St. Asaph dos nuevos hijos ilegítimos, un niño y una niña. Unas semanas más tarde, la mujer se marchó del asilo. Para John fue el último abandono de una larga cadena.

Cumplidos los quince años salió de St. Asaph y se alojó sucesivamente con varios parientes, todos los cuales parecieron sentirse incómodos al tener que acoger al primo procedente de un asilo de pobres. A los diecisiete, mientras vivía en Liverpool con un tío suyo y trabajaba como chico de los recados para un carnicero, temió ser despedido una vez más. Cierta día se encontraba en el muelle llevando una entrega de carne a un barco mercante norteamericano, el *Windermere*. El capitán observó a aquel joven pequeño de estatura pero de aspecto robusto y le preguntó: «¿Te gustaría navegar en este barco?».⁶

En febrero de 1859, tras siete semanas de viaje, el *Windermere* atracó en Nueva Orleans, donde el joven recién llegado saltó a tierra. Durante mucho tiempo guardó el recuerdo del fascinante despliegue de olores: brea, salmuera, café verde, ron y melaza. Mientras recorría las calles en busca de

trabajo, descubrió en el porche de un almacén a un hombre de edad mediana con chistera, un agente comercial algodónero, según supo más tarde, y se le acercó: «¿Quiere un mozo, señor?». ⁷

El agente comercial, impresionado por la única referencia de John, la Biblia del premio con la inscripción del obispo, tomó como empleado a aquel adolescente galés. Poco después, el joven John Rowlands, residente ya en el Nuevo Mundo, decidió darse un nombre nuevo. El procedimiento fue gradual. En el censo de Nueva Orleans de 1860 figura como «J. Rolling». Una mujer que lo conoció por aquellas fechas lo recordaba como John Rollins, «más listo que el aire y muy dado a fanfarronear, presumir y contar historias». ⁸ Sin embargo, al cabo de unos años comenzó a usar el primer nombre y el apellido del comerciante que le había dado el trabajo. Siguió experimentando con el nombre intermedio recurriendo a Morley, Morelake y Moreland, antes de decidirse finalmente por Morton. Y así, el muchacho que había entrado en el asilo parroquial de St. Asaph como John Rowlands se convirtió en el hombre que pronto sería conocido en el mundo entero como Henry Morton Stanley.

Stanley no se impuso sólo un nuevo nombre sino que, durante el resto de su vida, intentó darse una nueva biografía. El hombre que pronto se convertiría en el explorador más famoso de su tiempo, renombrado por sus observaciones precisas de la fauna y el territorio africanos, era un tergiversador de categoría mundial cuando se trataba de su vida temprana. En su autobiografía, por ejemplo, cuenta con expresiones melodramáticas cómo dejó el asilo galés: según él, saltó la tapia de un huerto y escapó tras haber encabezado una rebelión en el aula contra un vigilante cruel llamado James Francis que había maltratado brutalmente a toda la clase de los mayores. «“Nunca más”, exclamé, maravillándome de mi propia audacia. Apenas habían salido esas palabras de mi boca, cuando me encontré balanceándome en el aire sujeto por el cuello de

la chaqueta y fui arrojado al banco junto a un montón de compañeros acobardados. Luego, aquella bestia irritada me aporreó el estómago hasta que caí de espaldas dando boqueadas. Nuevamente me alzó en el aire y me lanzó al banco de un golpe que casi me rompió la columna vertebral».⁹ Stanley era entonces un quinceañero vigoroso y sano y no habría sido una víctima fácil para Francis, antiguo minero del carbón que había perdido una mano en un accidente laboral. Más tarde, otros escolares no recordaban ningún motín, y mucho menos uno dirigido por Stanley; se acordaban de Francis como un hombre amable y de Stanley como el favorito del maestro, objeto frecuente de favores y estímulos y a quien se encomendaba encargarse de la clase en ausencia de Francis. Las actas del asilo muestran que Stanley no lo dejó como un fugitivo, sino para ir a vivir a casa de su tío mientras seguía asistiendo a la escuela.

El relato de Stanley de su estancia en Nueva Orleans es igualmente fantasioso. Vivía, según dice, en el hogar de un bondadoso agente comercial dedicado a la venta de algodón, Henry Stanley, y de su santa y frágil esposa. Cuando una epidemia de fiebre amarilla azotó la ciudad, la mujer enfermó y murió en un lecho con colgaduras de muselina, pero en el momento de expirar «abrió sus tiernos ojos y dijo palabras que parecían venidas del más allá: “Sé un buen chico. ¡Que Dios te bendiga!”».¹⁰

Enseguida, el apenado viudo apretó contra su pecho a su joven inquilino y empleado y declaró: «En el futuro has de llevar mi apellido».¹¹ Lo que vino a continuación, asegura Stanley, fueron dos idílicos años de viajes de negocios con el hombre a quien se refiere llamándolo «mi padre». Navegaron aguas arriba y abajo del Mississippi en barcos fluviales recorriendo juntos las cubiertas, leyendo en voz alta y hablando de la Biblia. Pero, lamentablemente, el generoso padre adoptivo de Stanley siguió a su amada esposa al otro mundo en 1861. «Por primera vez comprendí qué punzada tan aguda atraviesa

el alma cuando una persona amada yace con las manos cruzadas, fría como el hielo, durmiendo el sueño eterno. Mientras contemplaba el cadáver me afligí preguntándome si mi conducta había sido tan perfecta como lo deseaba en aquel momento. ¿Había fallado conscientemente? ¿Le había estimado como se lo merecía?». ¹²

Un relato conmovedor de no ser porque, tal como está documentado, los dos Stanley mayores no murieron hasta 1878, diecisiete años después. Aunque adoptaron dos criaturas, ambas fueron niñas. Según los directorios y censos de la ciudad, el joven Stanley no vivió en su hogar sino en varias pensiones. Y el comerciante Stanley tuvo una furiosa discusión con su empleado que acabó en una ruptura permanente tras la cual pidió que nunca se volviese a mencionar en su presencia el nombre del joven.

La quimérica descripción de la juventud de Stanley es claramente deudora en algún punto de su contemporáneo Charles Dickens, a quien tanto agradaban también las escenas junto al lecho de muerte, las mujeres piadosas y los ricos benefactores. También debe mucho al sentimiento de Stanley de que su verdadera vida estaba tan trufada de desgracias que tendría que inventar cualquier identidad que hubiera de presentar al mundo. No sólo retocó sucesos de su autobiografía, sino que creó entradas de diario sobre un naufragio espectacular y otras aventuras jamás ocurridas. A veces, un episodio de sus viajes por África aparece relatado de forma llamativamente diferente en su diario, en la correspondencia, en artículos de prensa que enviaba a su país y en los libros que escribía después de cada expedición. Los historiadores del psiquismo se habrían dado un festín.

Uno de los episodios más reveladores descrito o inventado por Stanley ocurrió poco después de su llegada a Nueva Orleans, cuando compartía cama con Dick Heaton, otro joven llegado de Liverpool como pasajero de cubierta. «Su recato era tal que no se acostaba con la vela encendida y, [...]

una vez en la cama, se tendía en el borde, muy alejado de cualquier contacto conmigo. Al levantarme por la mañana, descubrí que no se había desnudado». Cierta día, Stanley se despertó y, observando a Dick Heaton dormido a su lado, se sintió «sorprendido al ver sobre su pecho algo parecido a dos tumores [...]. Me incorporé [...] y exclamé [...] “¡Lo sé ¡Lo sé! Dick, eres una chica”». Aquella noche, Dick, que ya había confesado llamarse Alice, se marchó. «Nunca volví a verla ni a oír hablar de ella; pero desde entonces he esperado siempre que el destino le fuera propicio, de la misma manera que pienso que fue prudente al separar a dos seres jóvenes y sencillos que podrían haber sido inducidos a cometer alguna insensatez por un exceso de sentimiento».¹³

Al igual que su escena dickensiana del lecho de muerte, ésta tiene también un eco legendario: la joven que se disfraza de muchacho para poder alistarse como soldado o hacerse a la mar. Tanto si es real como si es inventado, el mensaje emocional del episodio es idéntico: el horror de Stanley ante la idea de hallarse tan cerca de una mujer.

Cuando comenzó la Guerra Civil norteamericana, Stanley se unió al Ejército Confederado y, en abril de 1862, entró en combate con su regimiento de Voluntarios de Arkansas en la batalla de Shiloh (Tennessee). El segundo día de lucha fue rodeado por media docena de soldados de la Unión. Poco después se encontraba a las afueras de Chicago en un abarrotado campo de prisioneros de guerra víctimas del tifus. La única manera de salir de aquel mísero lugar era, según descubrió, alistarse en el Ejército Unionista, lo que hizo de inmediato, para acabar enfermo de disentería y recibir la licencia médica. En 1864, tras haber recorrido el Atlántico en ambas direcciones trabajando como marinero, se alistó en la armada de la Unión. Su buena caligrafía le valió un puesto como administrativo de barco a bordo de la fragata Minnesota. Cuando el navío bombardeó un fuerte confederado en Carolina del Norte, Stanley se convirtió en una de las pocas perso-

nas que presenció los combates desde ambos bandos de la Guerra Civil.

El Minnesota regresó a puerto a principios de 1865, y el inquieto Stanley desertó. A partir de ese momento se acelera el ritmo de sus movimientos. Es como si ya no tuviera paciencia para soportar instituciones limitadoras y reguladas como un asilo, un barco mercante o el servicio militar. Primero marchó a St. Louis, donde firmó como colaborador por libre en un periódico local enviando una serie de floridas notas desde lugares cada vez más al oeste: Denver, Salt Lake City, San Francisco. Stanley escribe con desaprobación sobre el «libertinaje, la disipación» y la «vorágine del pecado»¹⁴ de las ciudades fronterizas del Oeste.

Tras un viaje a Turquía en busca de aventura, Stanley regresó al Oeste norteamericano, donde inició el despegue su carrera como periodista. La mayor parte del año 1867 estuvo cubriendo las guerras contra los indios y envió colaboraciones no sólo a St. Louis sino también a periódicos de la Costa Este. A Stanley no le importó que la larga y desesperada lucha de los indios de las llanuras del Sur contra los invasores de sus tierras hubiera casi concluido, que la expedición a la que acompañó presenciara pocos combates o que la mayor parte del año se dedicara a negociaciones de paz; sus directores querían reportajes de guerra sobre batallas espectaculares, y eso es lo que les dio: «La guerra contra los indios ha comenzado, por fin, de manera festiva [...] los indios, fieles a sus promesas, fieles a sus instintos sanguinarios, a su odio salvaje a la raza blanca, a las lecciones que sus progenitores han insuflado en sus pechos, se hallan en pie de guerra».¹⁵

Aquellos reportajes captaron la atención de James Gordon Bennett Jr., el extravagante y enérgico dueño del *New York Herald*, que contrató a Stanley para cubrir una pequeña guerra exótica que prometía vender muchos ejemplares del periódico: una expedición de castigo que estaba organizando el gobierno británico contra el emperador de Abisinia. En Suez, de

camino a la guerra, Stanley sobornó al telegrafista jefe para asegurarse de que, cuando llegaran los reportajes de los corresponsales del frente, el suyo fuera el primero en ser enviado a Estados Unidos. Su previsión valió la pena, y su elogiosa descripción de la victoria de los británicos en la única batalla importante de la guerra fue la primera en llegar al mundo. Por un inmenso golpe de suerte, el cable del telégrafo transmediterráneo se rompió inmediatamente después del envío de los relatos de Stanley. Los despachos de sus exasperados rivales, e incluso los informes oficiales del ejército británico, hubieron de realizar por barco una parte del viaje a Europa. En junio de 1868, Stanley saboreó en un hotel de El Cairo su primicia informativa y la noticia de que había sido nombrado corresponsal permanente del *Herald* en el extranjero sin destino fijo. Tenía veintisiete años.



Stanley se instaló en Londres, donde pudo escuchar los primeros fragores de lo que no tardaría en conocerse como la Carrera por África. En una Europa que entraba en la era industrial segura de sí, con el sentimiento de poder que le daba el ferrocarril y el barco de vapor transatlántico, surgió un nuevo tipo de héroe: el explorador africano. Para quienes llevaban milenios viviendo en África, no había, por supuesto, «nada que descubrir; nosotros estábamos allí desde siempre»,¹⁶ según diría un futuro estadista africano. Pero para los europeos del siglo XIX que celebraban a un explorador por haber «descubierto» algún nuevo rincón de África, aquello constituía, psicológicamente, un preludio del sentimiento de tener el continente a su disposición.

En una Europa cada vez más unida por el telégrafo, los circuitos de conferencias y una prensa diaria de amplia circulación, los exploradores africanos se cuentan entre las primeras celebridades internacionales y su fama cruzaba las fronte-

ras como lo hace hoy la de los campeones de atletismo y las estrellas de cine. Partiendo de la costa este de África, los ingleses Richard Burton y John Speke habían realizado un viaje audaz al interior hasta encontrar el Tanganika, el lago de agua dulce más largo del mundo, y el Victoria, la mayor reserva de agua del continente, coronando su aventura con un espectáculo del que el público disfruta siempre tratándose de celebridades: una agria discusión pública. Desde la costa occidental africana, el francés Paul Belloni Du Chaillu trajo consigo pieles y esqueletos de gorilas, y contó a unos oyentes fascinados cómo aquellas grandes bestias peludas secuestraban mujeres y se las llevaban a sus madrigueras de la jungla con fines demasiado inmundos como para hablar de ellos.¹⁷

El fondo de este sentimiento de agitación en Europa era, en gran parte, la esperanza de que África fuese una fuente de materias primas con que alimentar la Revolución Industrial, de la misma manera que la búsqueda de materias primas para la economía colonial de las plantaciones—los esclavos—había guiado la mayor parte de las antiguas transacciones comerciales entre Europa y África. Las expectativas aumentaron de manera espectacular después de que las prospecciones descubrieran diamantes en Sudáfrica en 1867, y oro unas dos décadas más tarde. Pero a los europeos les gustaba pensar que su sentimiento tenía motivos más elevados. Los británicos, en particular, creían fervorosamente en la tarea de llevar la «civilización» y el cristianismo a los nativos, sentían curiosidad por lo que había en el desconocido interior del continente y estaban llenos de ideas justicieras respecto a su lucha contra la esclavitud.

Es evidente que Gran Bretaña sólo tenía un dudoso derecho a aquella elevada opinión moral sobre la esclavitud. Los barcos británicos habían dominado durante mucho tiempo el tráfico de esclavos, y en el Imperio Británico no se habían abolido los últimos vestigios de la esclavitud hasta 1838. Los ingleses, sin embargo, olvidaron rápidamente todo ello, tal

como habían olvidado los levantamientos de esclavos en las Indias occidentales, unos levantamientos que las tropas británicas sofocaron de forma brutal, aunque con cada vez mayor dificultad. En su opinión, la esclavitud había concluido en la mayor parte del mundo por una sola razón: la virtud británica. Cuando en 1872 se construyó el Albert Memorial de Londres, una de sus estatuas mostraba a un joven negro desnudo a excepción de algunas hojas sobre las ingles. Según la explicación del catálogo de la inauguración del edificio memorial, se trataba de un «representante de las razas no civilizadas» escuchando las enseñanzas de una mujer europea; las «cadenas rotas a sus pies aludían a la participación de Gran Bretaña en la emancipación de los esclavos».¹⁸

Resulta significativo que la mayor parte del fervor antiesclavista británico y francés de la década de 1860 no se dirigiera contra España y Portugal, que permitían la esclavitud en sus colonias, o contra Brasil, con sus millones de esclavos. Aquellas denuncias virtuosas llovieron sobre un objetivo distante, débil y que no implicaba riesgo alguno, pues no era blanco: los llamados traficantes árabes de esclavos que realizaban sus incursiones en África desde el este. En los mercados de esclavos de Zanzíbar, los traficantes vendían su botín humano a los propietarios árabes de plantaciones de la propia isla y a otros compradores de Persia, Madagascar y los diversos sultanatos y principados de la península árabe. Los europeos tenían allí un objetivo ideal de reprobación: una raza «incivilizada» que esclavizaba a otra igual.

El adjetivo «árabe» era una denominación inapropiada; afroárabe habría sido más exacto. Aunque los cautivos acababan a menudo en el mundo árabe, los traficantes del continente eran en gran parte africanos de habla swahili procedentes del territorio correspondiente a las actuales Kenia y Tanzania. Muchos habían adoptado atuendos árabes y se habían convertido al Islam, pero sólo algunos eran de ascendencia árabe, al menos en parte. No obstante, de Edimburgo

a Roma, libros, discursos y sermones cargados de indignación denunciaban a los malvados traficantes «árabes» de esclavos y con ellos, indirectamente, la idea de que cualquier parte de África pudiera ser colonizada por alguien que no fuese europeo.

Todos aquellos impulsos europeos dirigidos hacia África —el celo antiesclavista, la búsqueda de materias primas, el proselitismo evangelizador cristiano y la mera curiosidad— se encarnaron en un hombre, David Livingstone. Médico, encargado de prospecciones, misionero, explorador y en cierto momento, incluso, cónsul británico, recorrió África durante tres décadas a partir de los primeros años de la de 1840. Livingstone rastreó las fuentes del Nilo, denunció el esclavismo, halló las cataratas del lago Victoria, buscó minerales y predicó el evangelio. Al ser el primer blanco en cruzar el continente de costa a costa,¹⁹ se convirtió en héroe nacional en Reino Unido.

En 1866, Livingstone partió para otra larga expedición a la búsqueda de traficantes de esclavos, posibles cristianos, el Nilo o cualquier otra cosa que necesitara ser descubierta. Los años pasaban y Livingstone no volvía. Cuando la gente comenzó a preguntarse por su suerte, James Gordon Bennett, dueño del *New York Herald*, atisbó una gran oportunidad. En 1869, o al menos así lo contaría Stanley, éste recibió de Bennett, su patrón, un telegrama: venga a París para asunto importante. Un periodista, escribió Stanley con el engreimiento que había pasado a formar parte de su personalidad, es «como un gladiador en el circo [...]». Una vacilación, un gesto de cobardía, y está perdido. El gladiador sale al encuentro de la espada afilada destinada a su pecho, y el [...] corresponsal volante cumple la orden que puede enviarlo a su perdición». Stanley corrió a París para encontrarse con su editor en el Grand Hotel, donde una conversación dramática sobre Livingstone alcanzó su clímax al decir Bennett: «Creo que debe ir y hallarlo en cualquier lugar donde oiga que se encuentra y conseguir las noticias que pueda tener de él y quizá [...] el vie-

jo esté pasando alguna necesidad: llévese con Ud. lo suficiente como para ayudarle por si le hiciera falta [...] haga lo que mejor le parezca; ¡pero encuentre a livingstone!».²⁰

Esta escena proporcionó una espléndida introducción al primer libro de Stanley, *Cómo encontré a Livingstone*, e hizo que Bennett—a quien está dedicada la obra—apareciera como el inductor clarividente de la gran aventura. Pero, al parecer, no hubo nada parecido a esta conversación. Las páginas del diario de Stanley correspondientes a las fechas que rodearon el supuesto encuentro con Bennett fueron arrancadas y Stanley no comenzó, en realidad, siquiera a buscar a Livingstone hasta pasado más de un año.

Por más hinchada que estuviese, la historia de Stanley sobre la dramática llamada de Bennett para que acudiera a París vendió muchísimos libros, y eso era algo importante para Stanley, que perseguía algo más que la fama de explorador. Su olfato para el melodrama hizo de él, según ha observado un historiador, «el padre de todos los posteriores escritores profesionales de viajes».²¹ Sus artículos, libros y giras de conferencias le aportaron más riqueza que a cualquier otro escritor de viajes de su tiempo y, probablemente, también del siglo siguiente. A cada paso que daba en África, Stanley planeaba cómo contarlo una vez de vuelta en casa. Con un estilo muy propio del siglo xx, se dedica a esculpir continuamente los detalles de su propia celebridad.

Para no dejar claves a posibles competidores en la búsqueda de Livingstone, Stanley, al partir para África, se preocupó con gran esmero de hacer correr la voz de que estaba proyectando explorar el río Rufiji. Primero marchó a Zanzíbar con el fin de reclutar porteadores para el transporte de provisiones y, desde allí, escribió un torrente de cartas a Katie Gough-Roberts, una joven de su localidad natal de Denbigh. La relación entre ambos había sido breve, acartonada y nerviosa, salpicada por los numerosos viajes de Stanley en misión periodística, pero en sus cartas éste le abrió el corazón confesándole el

doloroso secreto de su nacimiento como hijo ilegítimo. Stanley proyectaba casarse con ella a la vuelta de su expedición tras haber hallado a Livingstone.

Por fin, en la primavera de 1871, Stanley marchó al interior desde la costa oriental en busca de Livingstone, a quien ningún europeo había visto todavía desde hacía cinco años. Iba acompañado por un perro llamado Omar, porteadores, guardas armados, un intérprete, cocineros, un guía que enarbolaba la bandera norteamericana y dos marineros británicos, unos 190 hombres, la expedición africana de exploración más numerosa de cuantas se habían realizado hasta la fecha. «Dondequiera que se encuentre», declaró Stanley a los lectores de su periódico neoyorquino, «estén seguros de que no abandonaré la caza. Si se halla vivo, oirán lo que tenga que decir; si muerto, encontraré sus huesos y se los traeré».²²

Stanley hubo de caminar más de ocho meses hasta dar con el explorador y poder pronunciar la famosa frase que—según él mismo—pronunció: «El Dr. Livingstone, supongo». Su torrente de reportajes y la constatación de Bennett de que su periódico tenía una de las grandes primicias informativas de interés humano del siglo hicieron de la larga búsqueda una leyenda. Como Stanley fue la única fuente de información sobre ella (sus dos compañeros blancos murieron durante la expedición y nadie se molestó nunca en entrevistar a los porteadores supervivientes), la leyenda conservó su carácter heroico. Fueron meses de marchas esforzadas, ciénagas terribles, malignos traficantes «árabes» de esclavos, misteriosas enfermedades mortales, peligrosos ataques de cocodrilos y, finalmente, el descubrimiento triunfal del amable doctor Livingstone realizado por Stanley.

Livingstone apareció aureolado en la prosa de Stanley, pues era la noble figura paterna que el joven había estado buscando desde hacía tiempo y, hasta cierto punto, había hallado de hecho. Según Stanley, el sabio experimentado y el joven héroe audaz se hicieron grandes amigos en sus exploraciones conjuntas que se prolongaron durante varios meses.

(Realizaron un periplo por el extremo norte del lago Tangánika esperando hallar la salida del Nilo, pero, para su desilusión, sólo encontraron otro río que vertía sus aguas en él.) El hombre de más edad transmitió su sabiduría al más joven antes de darse tristemente el adiós y separarse para siempre. Por fortuna para Stanley, Livingstone se quedó en África y murió poco después, antes de poder volver a su país para compartir el centro de la fama o contar una historia completamente distinta. Stanley salpicó astutamente su relato de jefes pintorescos, sultanes exóticos y fieles sirvientes, y lo introdujo con aquellas vastas generalizaciones que permitían a sus lectores sentirse como en casa en un mundo desconocido: «Los árabes no cambian nunca»; «los bania son comerciantes natos»; «siento un gran desprecio por los mestizos».²³

A diferencia del combativo y paternalista Livingstone, que viajaba sin una inmensa comitiva de seguidores fuertemente armados, Stanley era un capataz duro y brutal. «Los negros causan inmensos problemas; son demasiado desagradecidos para coincidir con mis gustos»,²⁴ escribió durante el viaje. Aunque fueran suavizados por sucesivas revisiones, sus escritos nos lo muestran como alguien dado a estallidos de cólera. Arrastraba a sus hombre monte arriba y a través de ciénagas sin darles descanso. «Cuando el barro y la lluvia minaban la energía física de aquellas personas propensas a la pereza, un látigo para perros sentaba bien a sus espaldas y los devolvía a una sana actividad a veces extravagante».²⁵ Hacía sólo seis años que Stanley había desertado de la Marina de Estados Unidos, pero ahora observaba con satisfacción cómo «los desertores incorregibles [...] recibían una buena sarta de azotes y eran encadenados».²⁶ La gente de los pueblos que atravesó la expedición pudo haberla confundido perfectamente con otra caravana más de esclavos.

Al igual que muchos blancos que seguirían sus pasos, Stanley vio África como un territorio fundamentalmente vacío. «Un país deshabitado», según su descripción. «¡Qué colonia

podría asentarse en este valle! Se ve que es lo bastante amplio como para sustentar una población numerosa. Imaginemos una torre de iglesia alzándose donde aquel tamarindo levanta su oscura copa de follaje y pensemos lo bien que quedarían una veintena o dos de hermosas casas de campo en vez de esos matorrales espinosos y árboles del caucho». ²⁷ Y nuevamente: «En la raza anglosajona sigue habiendo numerosos Padres Peregrinos, y si América está llena de descendientes suyos, ¿quién dirá que África [...] no va a ser su próximo lugar de reposo?». ²⁸

Para él y su público, el futuro de Stanley estaba ahora firmemente ligado a África. De regreso a Europa, la prensa francesa comparó su hallazgo de Livingstone con el paso de los Alpes por Aníbal y Napoleón. Como Stanley alardeaba de disparar contra cualquiera que se cruzase en su camino, todavía fue más acertado que, al reunirse con el explorador en París para desayunar juntos, el general William Tecumseh Sherman comparara el viaje de Stanley con su propio avance de tierra quemada hasta llegar al mar. ²⁹

Los británicos se mostraron más hostiles. La Royal Geographical Society había enviado tardíamente una expedición para encontrar a Livingstone, y sus miembros se habían sentido consternados al tener que cruzarse en África con Stanley en el preciso momento en que se embarcaba triunfante de regreso a casa. En las quisquillosas declaraciones de los dirigentes de la sociedad se podía leer entre líneas su exasperación porque su compatriota había sido hallado por alguien que no era un auténtico explorador ni un auténtico inglés, sino un plumífero «a tanto la línea» que escribía para la prensa amarilla norteamericana. Además, según observaron algunos en Inglaterra, el acento norteamericano de Stanley tendía a transformarse en galés siempre que se excitaba. Los rumores sobre su nacimiento en Gales y su origen ilegítimo molestaron profundamente a Stanley, pues, al escribir para un periódico de Nueva York patriotero y antibritánico, estaba proclamando

enérgicamente haber nacido y haberse criado en Norteamérica. (A veces insinuaba que procedía de Nueva York; otras, que era originario de St. Louis. Mark Twain felicitó a su «compatriota de Missouri»³⁰ por haber encontrado a Livingstone.)

Stanley, que no tardó en sentirse rechazado, en especial por los ingleses pertenecientes a la flor y nata de la sociedad, se encontró con que también le había abandonado su prometida, pues descubrió que, en el curso de sus viajes, Katie Gough-Roberts se había casado con un arquitecto apellidado Bradshaw. Stanley procuró desesperadamente recuperar las cartas que le había enviado, en especial aquella en la que le había hablado sobre sus orígenes. Pero cuando le escribió pidiéndoselas, ella sólo accedió a devolverlas en persona. Katie y su marido se hallaban entre el público en una conferencia pronunciada en Manchester por Stanley. Luego, Katie marchó a la casa donde se alojaba el explorador y pidió al mayordomo que le dijera que llevaba la carta consigo. Stanley le envió de vuelta a la puerta para recogerla; ella volvió a negarse a entregarla a nadie que no fuera el explorador. Sin embargo, Stanley no acudió a la puerta y Katie se marchó con la carta en la mano. Su orgullo herido fue como una llaga abierta. Poco más tarde volvería a buscar alivio en África.